

AMADOR DE LOS RÍOS ENTRE DOS CENTENARIOS

I

En el primer centenario del nacimiento de D. José Amador de los Ríos

El día 17 de febrero de 1878 fallecía en la ciudad de Sevilla D. José Amador de los Ríos, gloria de las letras españolas, investigador, historiador y publicista. Con motivo del centenario de su nacimiento —30 de abril de 1918—, su ciudad natal, Baena, le dedicó un sentido homenaje al que coadyuvieron personalidades destacadas de las letras hispanas, autoridades y entidades patrias. Como recuerdo de tal efemérides hemos querido transcribir algunos de los párrafos más interesantes que a tal hecho dedicó el periódico «El defensor de Córdoba», en su número del día 30 de abril de 1918.

«Notas de nuestro corresponsal». «Han llegado de Madrid, Zaragoza, Sevilla, Córdoba y Cabra comisiones de los centros docentes y de los Ayuntamientos; también llegó el excelentísimo señor Obispo, con el Obispo electo de Cádiz, y D. Bartolomé López de la Manzanara, maestro de ceremonias, y D. Fidel Doce, a cuyos ilustres señores fueron a esperar las autoridades a la inmediata villa de Doña Mencía, por ser mejor camino para los autos que los trasladaron a ésta, en donde fueron recibidos con repique general de campanas y entusiastas vítores y vivas...».

El sabor ancestral de las redacciones periodísticas rezuma por doquier y nos presenta en felices apartados las múltiples circunstancias que confluyeron a la solemnidad de tan fausto día para la ciudad natal del gran polígrafo y sabio baenense.

A continuación, el redactor D. Victoriano Aguilera reseña la llegada de las autoridades y personalidades académicas a los distintos lugares cordobeses. La capital y toda la provincia contribuyeron eficazmente a revivir el recuerdo del ilustre historiador. En Puente Genil, unióse a la comitiva el ex-diputado a Cortes D. Manuel Reina Nogués. De Málaga vinieron el mantenedor D. José Estrada Estrada, diputado a Cortes, acompañado del ex-alcalde D. Francisco López.

Madrid quiso honrar dignamente a quien tanto había hecho por su historia y patrimonio artístico enviando al catedrático D. Julio Cejador, que vino acompañado de los señores concejales García Vinuesa, Hilario Crespo y Tato Amat. Numerosas personalidades de Lucena, Cabra y Doña Mencía, cuya reseña sería muy extensa, se unieron a la comitiva principal al pasar por sus respectivas ciudades.

Se recibieron numerosas adhesiones: «Se han recibido numerosas adhesiones, entre ellas de varios Ayuntamientos, del Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad Central don Emilio Turmo; don Ramón Mérida y don Mario Méndez Bejarano han enviado mensajes que se leerán al colocar la primera piedra; las Universidades Central y de Sevilla y otros Centros de cultura. A la Diputación provincial la representan los señores Prado Padillo y Algaba Luque.

A continuación, el redactor del diario cordobés se extiende sobre diversas circunstancias de la conmemoración. Se levantaron numerosos arcos: casa donde nació Amador de los Ríos, Calzada, Ayuntamiento. Figuraban múltiples colgaduras y banderas nacionales. Resaltaba la del Ayuntamiento que exhibía la siguiente inscripción: «Gloria al insigne Amador de los Ríos».

Continúa así el redactor Sr. Aguilera: «Recepción y verbena. En el Ayuntamiento se celebró recepción de las representaciones que habían llegado.

Por la noche hubo verbena en la Carrera y concierto por la banda militar».

Baena quiso rendir su máximo homenaje a los asistentes ilustres con la celebración de unos Juegos Florales que enmarcarían el espíritu poético de tan inolvidables actos. Distinguidas señoritas adornaron el Teatro Principal, que presentaba un aspecto deslumbrante con millares de claveles y flores, obsequio de todas las clases sociales. En el escenario se instaló el trono para la Reina de los Juegos y su Corte de Honor.

El interés narrativo del resto de la información nos anima a transcribirla íntegramente, rememorando en su prístina esencia la solemnidad del referido día.

«Baena está de fiestas, pero de fiestas del espíritu, por esto su animación no es como la de su renombrada feria, que le trae concurrencia que aquí satisface sus necesidades comerciales.

Ahora los que vienen hablan a Baena de sus glorias de antaño; vienen a recordar que esta ciudad célebre en los tiempos medievales, que tiene

una leyenda en cada piedra y una inspiración en sus castillos a medio derruir, y admiran sus mujeres, que rememoran bellezas mozárabes, y su cielo siempre azul que es el bendito cielo de Andalucía.

La Iglesia prohija este homenaje, las letras, las ciencias, las artes contribuyen a enaltecerlo y los baenenses, llenos de regocijo, sienten hoy la verdadera fruición que produce el cumplimiento del deber.

Hemos visitado las calles de esta hospitalaria ciudad y la antigua ciudad, la Almedina, y las iglesias en que rezaron nuestros abuelos y hemos visto el crepúsculo desde el legendario arco de Consolación, que cantó Valverde Perales en sus versos, y cuando escribimos estas líneas, lejos de donde a diario la prosaica labor informativa nos retiene, sentimos en el alma una grata dulcedumbre en este trabajo.

Es que también nosotros contribuimos personalmente con nuestro granito de arena a este homenaje que tantos buenos hijos de Baena han organizado, tantos sabios admiradores de Amador de los Ríos han hecho que se lleve a cabo dando alientos a una juventud que se ha honrado así mismo, que ha tenido en la actividad incansable de don José Santaella Ariza el acierto necesario, el auxiliar más poderoso para llegar al día de hoy con igual entusiasmo que el día primero.

Baena ha logrado con ello un éxito, un triunfo memorable y esa Comisión, esa Junta del Centenario, es acreedora al aplauso de todos los baenenses.

Desde media mañana se halla intransitable la Plaza de la Constitución. En el paseo y en los balcones de todas las casas de las calles afluentes hay numeroso público, que espera la llegada de las comisiones al Ayuntamiento.

Siguen las colgaduras en todas las casas.

A las once en punto se pone en marcha la comitiva. Es una manifestación imponente. Baena de gala se dirige a su Iglesia mayor. Forman en la comitiva todas las representaciones de los principales organismos de la población, las comisiones de centros docentes y corporaciones representadas, y precediendo a todos la banda de música del Regimiento de Infantería de la Reina.

Nuestro Prelado preside esta manifestación, acompañándole las autoridades locales.

La comitiva salió del Ayuntamiento y se dirigió por la calle Domingo Henares al Adarve e Iglesia Mayor. Muchos al pasar por la calle Domingo Henares frente a la Tela se descubren ante la lápida que está colocada

en la casa de modesta apariencia en que nació Amador de los Ríos.

El templo de Santa María la Mayor, amplio como pocos, apenas si puede contener a la inmensa concurrencia que llena sus tres amplias naves.

En el presbítero, propio de Catedral, que resguarda artística verja, toma asiento el Prelado, quien instantes después comienza a revestirse, pues oficia de medio pontifical. Es celebrante el párroco de San Bartolomé y Arcipreste del partido don Manuel Rodríguez Pérez.

Actúa de maestro de Sagradas Ceremonias el que lo es de la Catedral de Córdoba don Bartolomé J. López de la Manzanara.

El Centro Filarmónico Egabrense, cuya justa nombradía es cada vez mayor en esta comarca, ha enviado sus voces y orquesta, interpretando un oficio de difuntos de verdadera inspiración y sabor religioso.

Terminadas las honras fúnebres subió al púlpito el Obispo electo de Cádiz don Marcial López Criado y pronunció la oración fúnebre, cuyo tema fue el siguiente: «Amador de los Ríos fue un español enamorado de su patria a cuya glorificación consagró su laboriosa vida». Duró una hora.

Las Normas Pontificias sobre Predicación nos impiden dar detalles de esta documentada oración fúnebre y dedicarle los elogios que merece.

Terminado el acto religioso la comitiva se dirigió al Ayuntamiento en igual forma que de él había salido.

Cuando envió estas notas al teléfono nos disponemos a asistir al solemne acto de colocar en la Plaza de la Constitución la primera piedra para el monumento que en ella ha de erigirse al insigne Amador de los Ríos.

En dicho acto oficiará de medio pontifical nuestro Prelado, el doctor Guillamet, ilustre hijo adoptivo de Baena.

La ceremonia revestirá gran esplendor y en ella se pronunciarán discursos, que telegrafiaré hoy mismo si posible fuera.

Esta noche se celebrarán los Juegos Florales en el Teatro Principal. Me han presentado a la reina de la fiesta y he visto que no eran vanos los elogios que de su gracia y hermosura se hacían. Mariquita Bujalance Santaella merece ser reina por su belleza deslumbrante, por su exquisita elegancia, por su deliciosa simpatía.

No menores elogios merecen Paca e Isabel Yuste, Amparo, Lola y Antoñita Galán, Anita Villarreal, Antoñita Martínez y Carmen Roldán que forman la corte de honor, verdadera corte regia para que en ella se

inspiren los poetas que tengan la satisfacción de admirarlas «Victoriano Aguilera».

Si nos hemos extendido en la reproducción casi total de la información periodística de «El defensor de Córdoba» ha sido por el sincero y encendido elogio que el insigne Amador de los Ríos y Baena, su patria chica, han merecido al señor Victoriano Aguilera, modelo de redactores amantes de las grandezas líricas de los pueblos.

Ahora, a la distancia de los años, quiero sumarme humildemente con la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes; con el pueblo entero de Baena y con cuantos, amantes de las letras patrias, lleven su recuerdo emocionado y transido de emoción hacia una de las figuras más notables de la historia, investigación y crítica literaria de España: Amador de los Ríos.



inspiren los poetas que tengan la satisfacción de administrar «Victoriano Aguilera».

Si nos hemos extendido en la reproducción casi total de la información periodística de «El Estrenar de Córdoba» ha sido por el sincero y encendido elogio que el insigne Amador de los Ríos y Barea, su patria chica, han merecido al señor Victoriano Aguilera, modelo de redactores amantes de las grandezas líricas de los pueblos.

Ahora, a la distancia de los años, quiero sumarme humildemente con la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes; con el pueblo entre de Barea y con cuantos amantes de las letras patrias, llevan su recuerdo emocionado y trasido de emoción hacia una de las figuras más notables de la historia, investigación y crítica literaria de España: Amador de los Ríos.



II

Vida y obra de Amador de los Ríos

José María Ocaña Vergara

El diecisiete del mes actual se cumple el primer centenario de la muerte del insigne polígrafo baenense D. José Amador de los Ríos. Su gigantesca producción literaria e histórica, artística y arqueológica, como igualmente su total dedicación a la ciencia y a la enseñanza, nos obligan a recordar a tan esclarecido cordobés que supo honrar a su Patria y a la tierra que lo vio nacer.

Cupo a Baena la gloria de contar entre sus hijos más preclaros a Amador de los Ríos. Nacido el día 30 de abril de 1818, fue bautizado en la Parroquia de Santa María la Mayor, como hijo de D. José de los Ríos, notable escultor, y de D.^a María del Carmen Serrano.

Dotado de magníficas cualidades, aprendió las primeras letras en Baena y se dedicó al estudio de la Gramática bajo la dirección del docto sacerdote D. Domingo Valenzuela. Sus conocimientos eran muy superiores a los normales de su edad, demostrando ya un tesón inigualable por la lectura de las obras que llegaban a sus manos.

Por motivos políticos, su familia se ve obligada a trasladarse a Córdoba el año 1827. Con gran aprovechamiento comenzó el estudio de las humanidades en el Colegio de la Asunción y posteriormente en el Seminario Conciliar de San Pelagio, donde cursó filosofía elemental. Siempre recordará con el máximo cariño a sus profesores, los destacados latinistas D. Juan y D. Telesforo Monroy, y al notable catedrático D. Antonio Rosales, que fue después obispo de Almería.

En 1832 se traslada con su familia a Madrid, y continuó sus estudios en el Colegio Imperial,

Gran amante de las artes plásticas, dedicóse a la Pintura, e iniciado en la técnica del dibujo por los escultores D. José Giner y D. José Piquer, se matriculó en la Real Academia de San Fernando, de la que más tarde sería Individuo de Número, al igual que de la Real Academia de la Historia. Su natural aptitud para la pintura quedó patente desde los primeros momentos bajo la dirección de D. José de Madrazo.

Al mismo tiempo que perfeccionaba sus conocimientos artísticos, Amador de los Ríos ejercitábase en el cultivo de la poesía y en el estudio de la literatura y de la historia. Las crónicas españolas y los textos del P. Mariana despertaron el mayor interés al igual que las lenguas francesa e italiana que estudió bajo la dirección de Udías y González y Cruz Tirado, respectivamente.

Su asistencia a la Academia de San Fernando y al Museo del Prado, donde estudiaba con el mayor cariño las obras de Velázquez y Murillo, era su ocupación predilecta. También concurrió al Ateneo de Madrid para escuchar un curso de literatura dramática española que de 1836 a 1837 pronunció D. Alberto Lista. De estas clases surgió el ambicioso proyecto de Amador de los Ríos de realizar una Historia de la Literatura Española.

Diversas vicisitudes políticas de su padre obligaron a Amador de los Ríos a trasladarse a Sevilla a finales de 1837. Su actividad no decayó, sino que dedicóse activamente Amador de los Ríos a copiar las obras de Murillo que se encontraban en la ciudad hispalense. En el local de la Biblioteca Colombina consagróse a la lectura, investigación y estudio de cuantas noticias, códices y documentos originales encontraba.

La influencia de Amador de los Ríos fue altamente beneficiosa para los jóvenes pintores sevillanos. Estos acudían a la Biblioteca Colombina para verle pintar y para charlar de literatura, historia y arte, materias en las que ya descollaba notablemente el insigne baenense. Merced a la protección prestada por la Sociedad Económica de Sevilla apareció una revista poética titulada «El Cisne», fruto de las juveniles vigilijs del grupo asiduo a las reuniones con Amador de los Ríos. Aparecieron manifestaciones románticas de D. José Bueno, D. Francisco Rodríguez Zapata, D. Javier Valdelomar y Pineda, destacando las composiciones del escritor baenense «Al Genio de la Pintura», «A Murillo», «A la Historia de España»; tres artículos históricos sobre «El paso honroso de Suero de Quiñones», y trabajos sobre la estatuaria griega, «Apolo Pyteón» y «El grupo de Laoconte».

Su actividad poética fue juzgada con los mayores elogios por críticos de la talla de Lista y del Duque de Rivas. Al mismo tiempo, supo

ganarse el afecto del mentor sevillano D. Manuel María de Mármol, quien le ayudó en sus investigaciones críticas y lo propuso para socio de la Academia Sevillana de Buenas Letras.

Durante este período, y de acuerdo con D. Alberto Lista, a quien visitaba frecuentemente, proyectó Amador de los Ríos la confección de una Historia de la Literatura Española, al mismo tiempo que publicaba la «Historia de la Literatura española», traducéndola de la «Histoire de la Litterature du Midi», del ginebrino Mr. Sismonde de Sismondi.

Pasados dos años de la anterior publicación, en los albores de 1844, Amador de los Ríos daba a conocer la «Sevilla pintoresca», obra en la que estudiaba los más célebres monumentos hispalenses. El éxito de estas publicaciones animaron a Amador de los Ríos a trasladarse a Madrid para continuar sus actividades literarias, históricas y artísticas, en todas las cuales gozaba ya de un merecido prestigio. D. Pedro José Pidal, Ministro de la Gobernación, y D. Antonio Gil de Zárate, Jefe de Instrucción Pública, propusieron a Amador de los Ríos como secretario de una Comisión Central que velaría por la conservación de los monumentos históricos y artísticos. «La Memoria» que editó en 1845 mereció los más cálidos elogios y animó a Amador de los Ríos a continuar en la labor emprendida. Fruto de estos trabajos fue la publicación en 1845 de su monumental «Toledo pintoresca», obra que ha servido de base para posteriores investigaciones.

Durante 1846 Amador de los Ríos fue encargado de la creación de los Institutos de Segunda Enseñanza y del fomento de las Escuelas y Academias de Bellas Artes. Su gestión fue acertadísima y, en poco tiempo, apenas hubo provincia que no contara con un Instituto, y viese reformadas las Escuelas indicadas.

Su portentosa capacidad le permitían asistir a los más diversos frentes operatorios: Instrucción Pública, investigaciones, ensayos, estudio de lengua hebrea, bajo la dirección de D. Antonio María García Blanco, y creación de nuevas obras.

En 1847 recibía la solemne investidura del Doctorado en Filosofía y Letras. Poco después, sometía al juicio de los Estudios Superiores de la referida Facultad sus «Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España», mereciendo una altísima calificación y la concesión, el día 7 de julio de 1848, de la cátedra de Literatura Española en los Estudios Superiores de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. El día 5 de febrero del citado año, Amador de los Ríos fue nombrado Académico Numerario de la Real Academia de la Historia.

Desde su cátedra realizó una feliz labor crítica de la literatura española mereciendo el aplauso y la admiración de numerosos y doctos discípulos, entre los que mencionaremos a Cánovas del Castillo, Castelar, Canalejas, Fernández y González, Campillo, Morayta, Menéndez Pelayo y Leopoldo Alas.

Con mayor sosiego dedicóse Amador de los Ríos a estudios crítico-literarios sobre la historia peninsular y dio a la luz, de 1851 a 1855, la edición príncipe de la «General Historia de las Indias, islas y tierra firme del mar Océano» del Capitán Gonzalo Fernández de Oviedo. En 1852 publicó las «obras de D. Iñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana», precedidas de la vida del insigne prócer e ilustrada con abundantes notas y comentarios.

Su personalidad multiforme y destacadísima en todas las facetas mereció los más cálidos elogios de la crítica nacional y extranjera. Fueron muchos los investigadores que se honraron con su amistad y que contaron con sus consejos y recomendaciones. Merimé, Circourt, Leclerc y Arnould, junto con el Conde de Puymaigre y Wolf, mantuvieron una copiosa correspondencia con el insigne investigador español, cuyas obras eran traducidas a casi todas las lenguas europeas.

En 1856 escribió por encargo de la Universidad Central la «Noticia histórica de la visita regia de D.^a Isabel II» a la docta corporación. También era investido como Censor de Teatros, cargo que desempeñó durante cinco años.

Fue nombrado en 1857 Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, y recibía el nombramiento para visitar las Escuelas de Filosofía y Letras de Europa, a fin de introducir en las españolas los adelantos convenientes. Durante este viaje recorrió las más importantes bibliotecas, reunió un amplísimo material y reafirmó la amistad con los más distinguidos escritores de aquella época, entre los que citaremos a Dumeril, Damas-Hinard, Magnabal y otros.

Con motivo del descubrimiento de las Coronas visigodas de Guarrazar, Amador de los Ríos fue nombrado presidente de una comisión científica encargada de investigar tan preciado tesoro. Del resultado de sus investigaciones surgió el libro «El arte latino-bizantino en España y las coronas visigodas de Guarrazar».

A esta obra siguió la publicación de «Discurso sobre el arte y estilo mudéjar», que fue traducido al francés por el equipo técnico de la Revue Archeologique de París.

En 1861 publicaba el primer tomo de su monumental «Historia

crítica de la literatura española», ideal de toda su vida y pieza clave para comprender la edad medieval hispana. En los cinco años restantes aparecieron los otros seis volúmenes. Comprendían los dos primeros la historia de la literatura ibérica, bajo la forma latina, abarcando los cinco restantes la historia de la literatura peninsular, bajo la forma de sus respectivas lenguas romances, castellana, catalana, gallega y portuguesa.

El éxito obtenido fue inmenso. Las prensas española, francesa, inglesa y alemana le dedicaron unánimes elogios, y reconocieron el gigantesco esfuerzo de veintiocho años de infatigables investigaciones en bibliotecas nacionales y extranjeras.

En 1866 publicó la «Historia de la Villa y Corte de Madrid», obra en la que le ayudaron D. Juan de Dios de la Rada y D. Cayetano Rosell.

Amador de los Ríos fue proclamado Vicerrector de la Universidad Central por Decreto de 29 de octubre de 1867, obteniendo los honores supremos de la Administración —el Rectorado— por otro de 8 de mayo de 1868. Tales nombramientos venían a proclamar los méritos del escritor baenense y la ejemplaridad de una vida consagrada enteramente al estudio e investigación.

El día 5 de febrero de 1868 fue designado Director del Museo Arqueológico Nacional. El esfuerzo desarrollado por Amador de los Ríos fue públicamente reconocido, y en el breve plazo de seis meses vio aumentadas en una tercera parte las colecciones del Centro artístico.

Con motivo de la revolución de septiembre de 1868, Amador de los Ríos fue separado de la dirección del Museo Arqueológico y de la cátedra de la Facultad de Filosofía y Letras por supresión de los estudios de la Historia Crítica de la Literatura Española. Las quejas de Profesores, alumnos y particulares fueron continuas, y gracias a la colaboración de D. Juan Valera, Director, entonces, de Instrucción Pública, el ilustre catedrático volvió triunfalmente a la cátedra.

Durante los dos años de forzada ausencia de la Facultad, Amador continuó investigando sin cesar, y fruto de sus resultados fue la publicación de dos obras que han gozado del máximo prestigio tanto en España como en el extranjero. Nos referimos a la «Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal» y «Estado y educación de las clases sociales en España durante la edad media».

Dedúcese de la sucinta exposición realizada que Amador de los Ríos fue, sin duda, el escritor más laborioso de su tiempo y una de las glorias mayores con que ha contado la Historia, la Literatura y las Bellas Artes, en España. Será preciso llegar a Menéndez Pelayo para encontrar

una figura de su alto valor. Las obras de Amador de los Ríos suman más de 46 extensos volúmenes, que sirvieron de pórtico a muchos estudios entonces casi desconocidos. El abrió las puertas de la encrucijada medieval y abrió caminos a las posteriores investigaciones de Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal. Su obra fue altamente elogiada por críticos como Schak, Laudau, Ticknor, Comparetti, Teófilo Braga, Joseph da Costa, Hübner, Longperier y Herculano, por sólo citar a algunos.

Alemania lo saludaba, mientras se encontraba alejado de su cátedra, con los títulos de «Meister der Geschichts chereibung-fursten der Geschichts forser»: «Maestro de escribir la Historia y Príncipe de los investigadores históricos».

Este continuo y esforzado trabajo debilitó su robusta naturaleza, colaborando también a ello la muerte de sus hijos Alfonso y Gonzalo; aquél, a consecuencia de una granada durante la guerra carlista, y Gonzalo, víctima de su patriotismo y deber cívico al asistir a enfermos de vómitos en los hospitales militares de la isla de Cuba.

Rendido por tantos disgustos, y por consejo de los médicos, Amador se trasladó a Córdoba, y después a Málaga y Sevilla. Aquí se fue agravando su ya muy debilitada salud, muriendo a las ocho y media de la mañana del día 17 de febrero de 1878.

Sevilla honrólo proporcionando a su cadáver solemne entierro y distinguida sepultura en la Iglesia de su Universidad Literaria, al lado de las de Reinoso, Lista y Alava, profesores y compañeros del insigne difunto, gloria de las letras hispanas y extranjeras.

III

La poesía de Amador de los Ríos

Entre la multiforme producción del autor de «La historia crítica de la Literatura Española» debemos consignar la poética. Aunque la fama de Amador de los Ríos se basa en sus creaciones e investigaciones históricas, artísticas y crítico-literarias, aun tuvo tiempo, dentro de su prodigiosa actividad, para rendir culto a las musas. La crítica ha juzgado con la mayor ecuanimidad su auténtico magisterio en todos los campos creativos, y ha reconocido que como poeta fue pulcro, correcto y clásico.

Su poesía podría incluirse dentro de la tendencia denominada clásica por el Profesor Díez Echarri. Junto con Valera, Meléndez Pelayo y Milá Fontanals, Amador de los Ríos es representante de un tipo de poesía mármorea, severa, fría, excesivamente trabajada y carente, en ocasiones de la auténtica inspiración y vigor internos. Sus obras poéticas semejan cuadros de decantada belleza clásica en la que parecen converger el estudio directo de los grandes modelos de la antigüedad. Amador de los Ríos, con mayor vena romántica, supo fundir en su obra estas características con una exaltada vibración patria cuando canta sucesos españoles o traduce salmos con el vigor y potencia líricos del inmortal Fray Luis de León.

He creído conveniente transcribir el juicio sereno y justo de uno de los mejores críticos de la época de Amador de los Ríos. El P. Francisco Blanco García analiza así la producción poética del insigne historiador baenense: «Amador de los Ríos, poeta. El autor de la «Historia crítica de la Literatura Española» reunió en su frente los laureles de Apolo con los de Minerva, la emoción sincera con el saber sólido y profundo; y sin apartarse en todo de la corriente herreriana, fue uno de los más conspicuos cultivadores del romanticismo histórico a la manera del Duque de Rivas, y adivinó en los despojos de la civilización de los siglos pasados, no sólo lo que descubre la ciencia escrutadora, sino lo que está reservado a las intuiciones de la Poesía. Estas dos fases de su capacidad intelectual se completan mutuamente, y son como el cuerpo y la clave de un mismo edificio. La erudición del arqueólogo eminente y del investigador sagaz dan lastre y relieve a las fantásticas concepciones del artista, que vivifica con la magia del relato las páginas de la inerte crónica, las cenizas de los héroes y el polvo de los derruidos monumentos.

El culto de la antigüedad inspiró a Amador sus más hermosos versos, los de las epístolas y romances, y hasta cierto punto los de algunas composiciones en fabla, como la que se titula «A la creación del Teatro español». Entre las epístolas sobresale la dirigida a don Jacobo María Parga con motivo de un viaje que hizo éste a Salamanca, lamentación melancólica en que palpita el espíritu de Rodrigo Caro.

Faltaba a Amador el dominio de la versificación, la habilidad técnica que sólo se adquiere con el ejercicio constante. Las asonancias, más fáciles de manejar que la rima perfecta, corren con desembarazo en los primorosos romances de la colección «La palabra del Rey Abú Said en Sevilla, El Rey y la Iglesia (los tres referentes a D. Pedro I de Castilla, retratado aquí como Monarca valeroso, pero cruel)». «La arrogancia fran-

cesa» (habla del duelo frustrado entre Renato de Anjou y Alfonso V de Aragón) y «La respuesta de Zayde al desafío de Tarfe».

Las traducciones de los Salmos, en que Amador sigue el original hebreo, no desmerecen de las del mismo Fray Luis de León, y traen a la memoria la esplendidez oriental de Herrera: «P. Francisco Blanco García» (Crítica inserta en «El Defensor de Córdoba», 30 de abril de 1918).

Si nos hemos extendido en la transcripción, casi completa, del erudito análisis del P. Francisco Blanco García, ha sido por ofrecer al lector un juicio ponderado y exacto de la auténtica valoración de Amador de los Ríos en la fase creativa menos conocida y estimada.

El año 1880 inició la Librería de Mariano Murillo, Calle de Alcalá, 7, Madrid, la edición de las obras completas de Amador de los Ríos que sumarían 46 extensos volúmenes. El primer libro fue el de las Poesías, con un prólogo de D. Juan Valera, de la Academia Española.

El libro consta de 292 páginas, y está dividido en varias partes: Poesías varias (pág. 1-64); Romances (65-200); Epístolas (201-240); Odas, sonetos y traducciones hebreas (241-290).

En el apartado primero destacaremos «Inspiración en el Escorial», oda heroica con evocaciones de Fray Luis de León, construida en conseguidísimas estancias. Destacaremos su admirable paráfrasis del «Paso del Mar Rojo», que rememora la inmortal «Canción por la victoria de Lepanto», de Fernando de Herrera:

Su brazo armipotente
 viste, y su pecho, de brillante acero:
 lucha, y alzando de victoria el canto,
 sumerge el mar sangriento de Lepanto
 el carro y caballo y caballero.

En «A la creación del Teatro español», encontramos una magistral manifestación de la copla de arte mayor que impulsara Juan de Mena en su «Laberinto de la Fortuna» o «Las trescientas». Los anfíbracos, perfectamente conseguidos, enmarcan retazos de la historia de España, al mismo tiempo que exaltan a los poetas nacionales:

XXXV

Fabla Lope de Vega

E Lope catandol con faz grata e leda,
 prorrrompe: Pues díeste, sutil Vandalianno,

al fijo de Espanya la prez de tu mano,
 que gálica usança sin ley, le devieda,
 al ruego d'Oliva, de Torres e Rueda
 non poco plaçiente, tu amor gualardono,
 e a par onorado, tus sienes coronó
 de flores, do luçe virtut'e s'ospeda.

La composición consta de 44 coplas de arte mayor y está fechada en 1851.

«Palimpsesto», en fabla, se estructura en cuartetos que enmarcan un sentido elogio de la Monarquía, al tiempo que proclaman el valor de Castilla. Seguramente se la dedicaría a Isabel II.

La elegía «En la muerte de Don Alberto Lista» rezuma, por doquier, el más acendrado clasicismo en homenaje de su amigo y profesor.

Los tercetos encadenados se revisten con las galas de la mitología y el recuerdo de los héroes griegos. Safo, Paris, Príamo y Ulises se unen a las figuras más deslumbrantes de la literatura patria en una perfecta simbiosis de clásica rememoración.

«Cuerpo y alma» es un poema simbólico en el que se expone el origen del hombre.

La estrofa manriqueña aparece «En el album de la Marquesa de Rianzuela». Las gráciles quintillas estructuran los poemas «A la niña Pilar en sus días» y «A una amiga». «Luz y sombra» mezcla los decasílabos con pentasílabos en un tema muy caro al autor de «Coplas a la muerte de mi padre»: la fluidez del manso río que va a dar a la mar, que es la muerte:

No es ya la vida cual manso río,
 que al valle ofrece tibio frescor;
 invierno crudo, voraz estío
 hiela los campos, seca la flor.

«Jesús perdido» es una bellísima oda religiosa en octavas reales. El Arcángel Gabriel, la Virgen y José componen una delicada escena de profundo sabor evangélico:

«Guardad, ¡oh dulce Madre! ese tesoro,
 para domar las furias del infierno.
 Guardadle, mientras yo sumiso adoro
 las santas leyes de mi Padre Eterno».

«Recuerdos de Baena», bella evocación popular compuesta en las gráciles quintillas octosílabas.

El segundo apartado está constituido por diez romances, en los que según Blanco García, parece revivir el espíritu del Duque de Rivas. El dinamismo y colorido campean por doquier creando páginas de indudable calidad poética:

En espacioso aposento
que entapizan ricos paños
de Persia, y vistosas telas
de Córdoba y de Damasco,
sobre lecho suntuoso
don Pedro está recostado,
y en él se agita impaciente,
sin que consiga descanso.

Los títulos son los siguientes: «El infante don Juan Manuel», «La palabra del Rey», «Abú Said en Sevilla», «El Rey la Iglesia», «La arrogancia francesa», «El Faquib de Güerba», «La bandera del honor», «Respuesta de Zayde al desafío de Tarfe», «Romance morisco» y «La hoja del álamo».

La historia aparece enmarcada en deslumbrantes tapices hermoeados por la mágica paleta descriptiva del seguidor del Duque de Rivas en esta faceta épico-poética.

El apartado tercero está constituido por las odas, sonetos y traducciones hebreas. De oda moral podemos calificar la titulada «A la paz». Tras las luchas fratricidas de las guerras carlistas se impone la reconciliación. Amador de los Ríos se exalta al cantar el amor fraterno, roto por las crueldades bélicas:

El dulce canto de la paz me inspira,
y a mi abatida frente
la oliva ciñe y el laurel fulgente,
que las sienes coronan del guerrero,
que allá, en el Norte de la heroica España
la enseña desplegó del libre ibero,
trocando en hermandad la cruda saña.

«A Doña Isabel II en su mayoría de edad», compuesta en sextetos polimétricos, es un nuevo canto patriótico comparando a la reina que gobernaba los destinos de España con la que un día forjara los destinos del Imperio español.

En «Victorias de Africa» proclama el triunfo de la Cruz sobre la media luna. Los versos, en perfectas gradaciones climáticas, enmarcan dos acciones paralelas: Isabel I conquistó un mundo nuevo para Cristo; Isabel II, intentará apoderarse de tierras africanas para implantar allí la enseña española:

¡Gozad, Reinas, gozad,!... Tú que a Granada
del islamita yugo redimiste,
y tú que al pueblo ibero devolviste
su heroicidad pasada,
gozad!... Que Dios derrama su tesoro
de la abatida patria en la cabeza,
y a realizar en Africa ya empieza
vuestro sueño de oro.

«A la inauguración de la estatua que al Maestro Fray Luis de León consagra el amor nacional en Salamanca» es una paráfrasis en liras de la vida y creación poéticas del sabio agustino. Los ecos de «La perfecta casada» y de «La profecía del Tajo» resuenan en estas sentidas estrofas de quien tanto admiró al asceta castellano:

Y al par, con fe sincera
pisé el hogar, donde perfecta mora
la dulce compañera,
que incansable a tesora
dicha sin tasa al hombre que enamora

.....
Del visigodo imperio
la vil molicie y deshonor pregono:
en rudo cautiverio
miro el manchado trono,
y a Iberia oprime el mahometano encono.

Entre los sonetos destacaremos los dedicados a «Pablo Céspedes», «A mi hijo Gonzalo», «A S. M. la Reina Doña Isabel II», «A la Virgen del Mar», y «A la señorita Doña Petra Solís de Acuña». Con sincero reconocimiento dedicó seis sonetos a S. M. el Rey Alfonso XII, con motivo de su triunfal llegada a Madrid el 14 de enero de 1875.

Por la singular artificiosidad poética, recuerdo de los juegos medievales, destacamos su Controversia con la poetisa Carolina Coronado. Se compone de siete sonetos que exigen singular respuesta: las mismas terminaciones en los cuartetos y tercetos, pero acomodándose a la temática exigida según el móvil de cada uno.

Entre las epístolas, compuestas en tercetos encadenados, reseñamos los siguientes títulos: «A mi querido amigo Don Francisco Rodríguez Zapata», «Al señor Don Ventura de la Vega», «A Don Jacobo María de Parga» y «El Monasterio de Piedra».

En octavas reales está estructurada la dedicada «Al señor Don Ramón de Campoamor y Osorio», a quien exalta familiarmente.

En metros menores compuso «A Fernán Caballero», recordando a la novelista realista. «Sevilla pintoresca» la escribió precisamente en la misma habitación que en 1867 ocupara ésta en el Alcázar sevillano, y en donde Amador de los Ríos pasó parte de su juventud.

Se cierra el libro con las traducciones de los salmos CIV, CXIV y CXXXVII de la Biblia. La energía de Fray Luis de León parece revivir en Amador de los Ríos al conjuro de la divina palabra:

Del Señor sacrosanto en la presencia
yo, tierra, conturbado me confundo;
ante su pura esencia
ante el Dios de Jahacob se humilla el mundo.

Ya hemos expuesto la valoración de la obra poética de Amador de los Ríos. Valera y Blanco García, entre otros, emitieron justos análisis de su producción literaria. Sólo nos resta decir que asombra esta singular perfección dentro de la multiforme producción amadoriana.

Investigador, arqueólogo, historiador, publicista, crítico, literato, político y poeta. Toda una vida: sesenta años, consagrados íntegramente a las ciencias y a las letras en pro de su Patria España.

IV

Amador de los Ríos investigador y crítico literario

La multiforme producción de Amador de los Ríos comprende manifestaciones artísticas, arqueológicas, históricas, poéticas y crítico-literarias. Podemos afirmar que, junto con sus estudios sobre los judíos, las dos obras más conocidas y estudiadas del escritor baenense son, sin duda, «Historia crítica de la literatura Española» y «Obras de Don Iñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana».

Intentaremos explicar a continuación la génesis de estas manifestaciones, su contenido y distribución.

Con motivo de unos cursos de literatura dramática dados por Don Alberto Lista en el Ateneo de Madrid —1836-1837—, podemos asegurar que se fijó la vocación de Amador de los Ríos en el ámbito literario. Se lamentaba Lista en sus lecciones de que España careciera de un historiador que recogiera toda su magna producción. Aquella idea se apoderó de la mente de Amador de los Ríos, que no cesaba de hacer planes y proyectos quiméricos, para su época, de convertir en realidad tan feliz sueño: ser el primer historiador científico de la literatura patria.

El escritor baenense se lo comunicó a Lista que lo animó en su titánico proyecto. Desde aquel momento, la historia nacional será el bello ideal del aún jovencísimo Amador de los Ríos.

Veintiocho años de profundos estudios, investigaciones en las principales bibliotecas nacionales y extranjeras y, por encima de todo, largas vigiliando y descifrando códices y documentos inéditos, costaron a Amador de los Ríos los siete volúmenes de su «Historia crítica de la Literatura Española».

Los deseos del eminente Lista se habían visto cumplidos. Un joven español había llevado a cabo la gigantesca obra que enaltecería a la crítica e investigación españolas, mereciendo los máximos elogios de las más celebradas figuras extranjeras.

Por el interés que presenta transcribimos el siguiente texto del historiador Valverde y Perales: «La acogida que obtuvo en la prensa española y francesa, como en la inglesa y alemana, pareció responder a las profundas y largas vigiliando que la «Historia crítica» había costado a su autor en veintiocho años de infatigables investigaciones, llevadas a cabo en las bibliotecas extranjeras y nacionales, entre las que figuró en primer término la Escorialense, visitada en once veranos casi consecutivos.

El autor aspiraba a demostrar con toda evidencia, en la citada obra, la unidad del ingenio ibérico en todas las edades de la vida y a través de las grandes vicisitudes y transformaciones por que había pasado la civilización de la Península; y este pensamiento trascendental que le sirve de faro, y que no comprenden muchos de los escritores contemporáneos, comunicaba a su obra extraordinario interés, dándole grande originalidad y novedad a un tiempo. Confesábalo, así entonces la crítica, reconociendo la inmensa erudición atesorada en obra de tal magnitud, tarea en que sorprendió la muerte, por desdicha, al primer crítico alemán en tales días, D. Fernando J. de Wolf, cuando llevaba dados a luz en el

«Anuario de las literaturas neolatinas e inglesa», revista de Berín, una muy docta serie de estudios analíticos en que demostraba que la «Historia crítica de la Literatura Española», sobre vindicar el nombre ibérico de la acusación que los doctos le dirigían por la mengua de una historia de la literatura patria, ajustada a condiciones científicas, revelaba en su autor un sabio en quien se hermanaban una conciencia nacional vivísima y un conocimiento no menos vasto y fundamental de la literatura y de la historia ibéricas».

Menéndez Pelayo, Leopoldo Alas, Cejador, Blanco García y otros destacados críticos nacionales se entusiasmarían con la obra pese a llegar sólo hasta el reinado de Carlos V, y le depararon los más exaltados elogios.

El autor de «Historia de los heterodoxos españoles» la calificaba de trabajo hercúleo, digno de ser saludado como un venerable monumento de ciencia y paciencia, de erudición y patriotismo, imperfecto, sin duda, como todas las obras humanas, y más las de tan colosales dimensiones, pero digno de todo respeto por la grandeza del plan, por la copia enorme de materiales nuevos, por la amplitud de la exposición, por los frecuentes aciertos de la crítica y aún por el vigor sintético de algunas clasificaciones.

Cejador se lamentaba de que la obra no comprendiera un estudio completo de toda la historia literaria hispana, y dudaba que encontrara dignos continuadores.

La «Historia crítica de la Literatura Española» se editó de 1861 a 1865. El primer tomo, 1861, se imprimió en los talleres de José Rodríguez, situados en la calle Factor, 9, de Madrid.

En la dedicatoria a S. M. Doña Isabel II, Amador de los Ríos expone las líneas fundamentales de su trabajo literario. Dice textualmente: «Donde si se revelan los grandes conflictos de la Patria, templan y endulzan sus dolores las pacíficas glorias de sus preclaros hijos». Al final incluye el siguiente párrafo, defensa de su investigación científica: «No olvide V. M., sin embargo, que si no corresponde el fruto de mis vigilias a la grandeza del asunto, tiene al menos la «Historia crítica de la Literatura Española» el mérito de ser la primera escrita por un español en lengua castellana».

A continuación se inserta una advertencia y la introducción, en la que se expone la situación de la crítica española en el siglo XIX, su espíritu y tendencias, objeto y plan de la obra. Comprende CVI páginas.

El tomo I abarca la literatura latina: Porcio Latrón, Marco Anneo

Séneca, Lucio Anneo Séneca, Lucano, poetas y filósofos del Imperio y, finalmente, la poesía latina durante la monarquía visigoda. Incluye unas ilustraciones de himnos de la Iglesia española durante el siglo VII.

El tomo II, impreso en los mismo talleres, año 1862, se extiende desde el inicio de las manifestaciones literarias de la invasión musulmana hasta la aparición de la literatura vulgar. Se insertan diversas ilustraciones y comienza la lista de los suscriptores a la mencionada obra.

El tomo III se editó en la citada imprenta madrileña. Comprende desde los primeros monumentos de la poesía castellana hasta las obras científicas de Alfonso X. Continúa la relación de suscriptores.

El tomo IV, publicado en 1863, se compuso en los talleres de José Fernández Cancellá, calle Fomento, 13, Principal, Madrid.

Abarca el estudio de las manifestaciones literarias de los sucesores de Alfonso X hasta la poesía popular de mediados del siglo XIV. Incluye diversas ilustraciones de obras de Hita y del Rabí Dom Sem Tob.

El tomo V, confeccionado en la imprenta citada anteriormente, apareció en 1864. Comprende desde la aparición del elemento caballeresco literario español hasta la poesía erudita de fines del XIV y comienzos del XV.

El tomo VI, publicado el año 1865, fue impreso por la misma imprenta ya reseñada. Abarca el estudio de las letras durante el reinado de Juan II, haciendo mención de numerosos poetas castellanos y catalanes.

El tomo VII, editado por la Imprenta de Joaquín Muñoz, calle Fomento, 13, Madrid, presenta una visión muy completa de los poetas navarros y aragoneses durante el reinado de Juan II. Concluye con la poesía popular y culta que llega hasta el reinado de Carlos I.

Al final aparecen unos artísticos facsímiles de inscripciones de los siglos XV y principios del XVI: Cancionero catalán (Universidad de Zaragoza), Vida de Cristo (Biblioteca Nacional), Vida del Arzobispo Carrillo (Biblioteca Nacional), Alvarez Gato (Biblioteca de la Academia de la Historia), Pero Díaz (Biblioteca del Duque de Osuna), Vida de Talavera (Academia de la Historia), Libro de Adramón (Biblioteca Imperial de París), Libro de los pensamientos (Biblioteca Nacional), Razonamientos (Academia de la Historia) y Libro del caballero Marsindo (Academia de la Historia).

La segunda gran obra de carácter crítico literario de Amador de los Ríos es «Obras completas de D. Iñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana, ahora por vez primera compiladas de los Códices originales, e ilustradas con la vida del autor, notas y comentarios».

La obra apareció en 1852. La edición corrió a cargo de la Imprenta de José Rodríguez.

En la portada, tras los títulos de rigor, se hace la siguiente declaración sobre Amador de los Ríos: «Secretario de S. M., Individuo de Número de la Academia Greco-Latina Matritense».

La obra va dedicada al Excmo. Sr. D. Mariano Téllez Girón, General español, duodécimo Duque de Osuna y Conde-Duque de Benavente. La admiración de Amador de los Ríos por este célebre militar y diplomático español rayaba casi en veneración. Este distinguido aristócrata honró al escritor baenense con su sincera amistad y leal colaboración.

Al ofrecerle la obra, Amador de los Ríos proclama al Duque de Osuna heredero de la Casa y de la gloria del Marqués de Santillana.

Tras un minucioso examen biográfico, base para posteriores estudios, aparecen las obras completas de D. Iñigo López de Mendoza con interesantísimas anotaciones, utilizadas por la crítica posterior por su profundidad y perfecto conocimiento.

Concluye con dos facsímiles, cuyos títulos son los siguientes: De amor et de temor, y El infierno de amor que fiso el senor marqués de Santillana.

Aparte de las obras reseñadas, Amador de los Ríos escribió «Epístolas literarias, históricas y arqueológicas», «Discursos académicos», «Estudios literarios» y «Ensayos sobre la historia literaria de los judíos de España».

v

Cabra y Baena, hermanadas por Amador de los Ríos

Las dos figuras literarias más notables de Cabra y Baena, Juan Valera y Amador de los Ríos, se dispensaron mutua amistad, rayana en auténtica veneración por parte del escritor baenense hacia el inmortal autor de «Pepita Jiménez». Su correspondencia y encuentros personales en la Corte nos hablan de un trato amistosísimo, en el que solían discutir sobre la belleza de sus respectivos pueblos, y, en particular, sobre la hermosura de sus lindas mujeres. El clásico aticismo valeriano se avenía perfectamente con el espíritu sereno y vitalista del historiador baenense. Por ello, cuando Don Juan Valera exponía la hidalguía egabrense, enal-

tecida múltiples veces en la historia patria como sultana de la Reconquista, D. José Amador de los Ríos respondía amicalmente a su ilustre interlocutor recordándole las acciones baenenses en los siglos medievales:

Y cuentan las tradiciones,
que guardó cautivo, allí
en aquellos torreones,
como prez de sus varones,
al rey moro Boabdolí.

El cariño de Amador de los Ríos por su patria chica, pese a haber residido muy pocos años en el solar baenense, le movía a enaltecerla con rendida admiración, y así la cantaba:

De veinte pueblos señora,
alza su almenada frente;
y al resplandecer la aurora,
recibe allá triunfadora
los homenajes de Oriente.

El clasicismo de Amador también resaltaba en el elogio para las bellezas baenenses, parangonándolas frente a las afamadas verdades del mundo entero:

Las hermosas circasianas
no son a su lado bellas,
ni pueden las georgianas
levantar la frente ufanas
donde la levantan ellas.

Al discutir estos extremos con D. Juan Valera, los dos insignes escritores dejaban volar su fantasía engarzada en las bellas cuerdas líricas de su estro poético:

Sus negros ojos abrasan
y su mirar envenena;
y por do quiera que pasan,
los corazones traspasan
las hermosas de Baena.

Este bello epifonema, auténtico colofón estrófico, encierra la admiración vehemente de un hijo baenense que se extasía ante la historia patria, el valor de sus hidalgos guerreros y la belleza de sus hijas.

Esta sincera y cimentada amistad se demostró palmariamente cuando Amador de los Ríos precisó de la ayuda inestimable de su amigo y paisano, como solían llamarse. Al producirse la revolución de 1868, Amador de los Ríos fue declarado excedente de su cátedra de Literatura Española el día 4 de diciembre. La Facultad y numerosos discípulos reclamaron al Gobierno la inmediata restitución del célebre catedrático a su labor docente. Pese a las insistentes peticiones, la Universidad y la Facultad de Filosofía y Letras aguardaron dos largos años la feliz resolución, tan justamente solicitada, hasta la intervención de Don Juan Valera. El ilustre novelista egabrense, nombrado Director de Instrucción Pública, aceleró el proceso de reincorporación de Amador de los Ríos a su cátedra, sin cuya colaboración todo hubiera resultado inútil por los partidismos políticos que enturbian la auténtica justicia.

Posteriormente, al celebrarse el centenario del nacimiento del escritor baenense, Cabra se adhirió al mismo con el mayor entusiasmo. Nada más conveniente que reproducir las noticias periodísticas de tal efemérides: «El defensor de Córdoba»: «De Cabra han llegado el director del Instituto D. Manuel González y profesores don Manuel Reyes Calvo, D. Juan Carandell, D. Manuel Ruiz Bayón y D. José Mora Almagro, presbítero D. Francisco Caballero y el poeta premiado con la flor natural D. Pedro Iglesias».

El redactor del diario «El defensor de Córdoba», en el número citado del 30 de abril de 1918, añade la siguiente información, que transcribimos fielmente: «El Centro Filarmónico Egabrense, cuya justa nominación es cada vez mayor en esta comarca, ha enviado sus voces y orquesta, interpretando un oficio de difuntos de verdadera inspiración y sabor religioso».

Las dos noticias periodísticas nos hablan muy alto del excelso lugar y celebrada categoría de estas dos instituciones egabrenses de tan tradicional raigambre en la provincia: su afamado Instituto «Aguilar y Eslava» y su Centro Filarmónico que ha sabido expandir por los más numerosos rincones comarcales el encanto de los cantares andaluces, primicia de la lírica romance, cuyos orígenes se localizan en la bella tierra egabrense con el poeta Muccadam ben Muaafa el Cabrí.

Sin embargo, he querido dejar para el final la prueba más fehaciente del profundo respeto que Amador de los Ríos sentía por D. Juan Va-

lera. Con motivo de la publicación de las obras completas del escritor baenense, edición realizada por la Librería Murillo, Calle Alcalá, 7, Madrid, año 1880, Amador de los Ríos solicitó de D. Juan Valera el prólogo para su libro «Poesías», primero del conjunto de 46 volúmenes que compondrían tan excepcional publicación.

El juicio del crítico y novelista egabrense fue altamente valorativo y su estudio puede considerarse como una auténtica pieza maestra analítica. D. Juan Valera penetra en los más intrincados resortes poéticos; descubre figuras, imágenes y los más sorprendentes recursos poéticos, y, finalmente, emite un juicio justo y sereno, como correspondía a la auténtica valoración lírica del historiador, investigador y poeta baenense.

La admiración de Amador de los Ríos por D. Juan Valera quedó bien patente con este hecho. Para él, el crítico egabrense era una doctísima figura en la crítica literaria al lado de Menéndez Pelayo, Leopoldo Alas Clarín y la Condesa de Pardo Bazán.

En resumen, un rendido homenaje a una de las máximas figuras de la narrativa y crítica nacionales.

VI

En el primer centenario de la muerte de D. José Amador de los Ríos

Querer encerrar en el breve contexto de un artículo la personalidad gigantesca de Amador de los Ríos es tarea difícil y pobre de miras.

Amador de los Ríos se nos muestra como un auténtico genio del Renacimiento que concilia en su haber múltiples manifestaciones artísticas, científicas y literarias. Amador de los Ríos es el glorioso escritor que sirvió de pórtico a la máxima figura de la crítica: Marcelino Menéndez y Pelayo, y alumbró los caminos del medievalista Menéndez Pidal. El supo podar el bosque inaccesible del medievo y abrir horizontes por los que las generaciones posteriores penetraron más fácilmente.

Amador de los Ríos es el intelectual puro que se dedicó al estudio y a la producción. En aras del arte y de la historia-artística y literaria consumió su vida por la grandeza de España. Su producción abarcó más de 46 extensísimos volúmenes, entre los que podemos encontrar títulos

tan conocidos como «Sevilla pintoresca», «Toledo pintoresca», «El arte latino-bizantino en España y las Coronas visigodas de Guarrazar», «Estudios artísticos-arqueológicos», «Estudios monumentales y arqueológicos sobre Portugal», «Estudios monumentales y arqueológicos de las Provincias Vascongadas» y «Monumentos latino-bizantinos de España» que marcaron un hito en las manifestaciones artísticas.

Sus estudios sobre los judíos gozan de una indudable fama universal. Sus dos obras capitales: «Ensayos sobre la historia literaria de los judíos de España» y «La historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal» figuran en todas las bibliotecas judías del mundo entero y han servido de base a todos los estudios posteriores. Así lo ha reconocido Ishaq Baer, autor de una «Historia de los judíos en la España cristiana (Toledot ha-ye hudim li-Sefarad ha-nosrit)», publicada en Tel Aviv, 1944-45.

Sus estudios sobre el Marqués de Santillana y sobre Fernández de Oviedo fueron básicos en su época, como igualmente sus numerosísimas incursiones sobre las más diversas facetas históricas, que dieron origen a una extensísima bibliografía, recogida en las monumentales historias de España, de Menéndez Pidal y de Aguado Bleye.

Como crítico literario, su «Historia crítica de la literatura española», compuesta en siete volúmenes, ha merecido el máximo elogio de autores nacionales y extranjeros. Transcribimos el juicio del historiador Valverde Perales (1): «La acogida que obtuvo en la prensa española y francesa, como en la inglesa y alemana pareció responder a las profundas y largas vigiliias que la «Historia crítica» había costado a su autor en veintiocho años de infatigables investigaciones, llevadas a cabo en las bibliotecas extranjeras y nacionales, entre las que figuró en primer término la Escorialense, visitada en once veranos casi consecutivos». Menéndez Pelayo juzgó su obra como trabajo hercúleo y excepcional, pese sólo haber llegado a los Reyes Católicos. Igual juicio mereció esta obra crítica a figuras como Schak, Ticknor, Braga y Cejador.

Su producción gigantesca sólo pudo ser fruto de una incansable actividad, desplegada hasta unos días antes de su muerte, ocurrida en Sevilla el día 17 de febrero de 1878.

Amador de los Ríos fue un hombre sencillo y humilde, pese al prestigio y fama de que gozó en España y en el extranjero. Contó con el fa-

(1) Valverde y Perales, Francisco, "Historia de la villa de Baena". Córdoba, Estudios Cordobeses, Publicaciones de la Excma. Diputación Provincial, 1969, Tomo II, pág. 473.

vor de Isabel II y de Alfonso XII, como igualmente de numerosos aristócratas, artistas y hombres de mundo.

Poco amigo de vanas ostentaciones, esquivó largo tiempo toda distinción del Estado, hasta 1875, en que fue condecorado con la Gran Cruz de Isabel la Católica. También obtuvo la Rosa Blanca del Brasil, y, en su juventud, el hábito de San Juan de Jerusalén.

Numerosas Corporaciones científicas, literarias y artísticas del extranjero le distinguieron con sus títulos. Mencionaremos, entre otras, el Instituto Africano, la Sociedad de Anticuarios de Normandía, la Academia Real de Ciencias, Letras y Artes de Luca, la Academia Real de Ciencias de Lisboa.

Fiel, sin embargo, a su deseo constante de servicio a España, Amador de los Ríos no rehusó obligaciones administrativas y cargos políticos.

Instado por D. Antonio Gil de Zárate y D. Pedro José Pidal, Jefe de Instrucción Pública y Ministro de la Gobernación, respectivamente, Amador de los Ríos aceptó la Secretaría de la Comisión Central para la defensa y salvaguarda de los monumentos histórico-artísticos. Poco después, y a instancias también del señor Gil de Zárate, el escritor e historiador baenense es nombrado Oficial primero de la Dirección de Instrucción Pública. Enncargado de la creación de los Institutos de Segunda Enseñanza y del fomento de las Escuelas y Academias de Bellas Artes, el esfuerzo de Amador de los Ríos se vio fielmente reflejado, ya que apenas hubo provincia que no tuviese su Instituto y reformadas las Escuelas indicadas.

El día 7 de julio de 1848 obtenía la cátedra de Literatura Española en los Estudios Superiores de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. Su labor en este departamento fue extraordinaria dando cursos de doctorado a numerosos alumnos, entre los que destacaremos a Cánovas del Castillo, Castelar, Canalejas, Fernández y González, Morayta, Menéndez Pelayo y Leopoldo Alas. En 1847 era nombrado Decano de la referida Facultad. El día 29 de octubre de 1867 ascendía al Vicerrectorado de la Universidad Central, obteniendo el Rectorado por Decreto del 8 de mayo de 1868.

Fue nombrado Académico Numerario de la Real Academia de la Historia el 5 de febrero de 1848.

El 5 de febrero de 1868 era designado Director del Museo Arqueológico Nacional.

La ciudad de Almería lo nombró Diputado a Cortes en 1863. Amador de los Ríos dispensó un cariñoso agradecimiento a esta tierra andaluza, y le dedicó un sentido poema titulado «A la Virgen del Mar», al entregar

el manto de que fue portador por orden de S. M. Doña Isabel II.

Católico practicante y liberal de acendrado espíritu conservador, Amador de los Ríos contó con innumerables amigos en todas las esferas del país. Patrocinó la candidatura de D. Fernando de Castro como académico de la Real de la Historia, cuya recepción tuvo lugar el día 9 de enero de 1866 (2). Profesó íntima amistad a Giner de los Ríos, a Víctor Arnau y a Colemeiro, con los cuales intervino en numerosas sesiones de la Institución Libre de Enseñanza (3).

Su profundo respeto y admiración por Doña Isabel II, a quien dedicó su «Historia crítica de la literatura española», se vio fielmente recompensado por la Soberana española al llamarlo al Palacio Castilla de París para que fuese preceptor de su hijo, Alfonso XII. Amador de los Ríos, enemigo de las recepciones palaciegas, se retiraba frecuentemente al Louvre y a la Biblioteca Nacional Francesa, donde era encontrado por la Guardia de Palacio, avisada de la ausencia del ilustre intelectual por la Reina Doña Isabel.

Queriendo recompensar el Monarca Alfonso XII a Amador de los Ríos, por sus sabias lecciones, afecto, lealtad y obras poéticas dedicadas, le rogó encarecidamente pidiera alguna merced o condecoración. Negóse a ello Amador de los Ríos, solicitando sólo del Monarca español la conversión del nombre Amador en apellido.

Aunque su apellido «Ríos» ha sido insistentemente clasificado como judío, a lo que, sin duda, contribuyó su cerrada defensa de lo judaico, éste procedía de la montaña santanderina. Se afirma que fue un Ríos el que cogió prisionero a Boabdil en la batalla de Lucena. Podemos afirmar que el apellido Ríos va ligado a los mejores títulos de la nobleza española: Duquesa de Alba, Medinaceli, Infantado, Condesa de los Ríos, como igualmente a Angel Fernández de los Ríos, Ríos Rosas, Giner de los Ríos, etc.

(2) Cacho Viu, Vicente, "La Institución Libre de Enseñanza", Madrid, Ediciones Rialp, 1962, pág. 124.

(3) Cacho Viu, Vicente. Op. cit. pág. 315.

Entre los principales estudiosos de la vida y obra de Amador de los Ríos, citaremos a P. Sáinz Rodríguez, autor de una «Biografía de Amador de los Ríos», Valverde y Perales, historiador de la villa de Baena y familiar suyo, y a Baret, autor de «Observations sur l'histoire de la littérature espagnole de Amador de los Ríos».

Sirvan estas breves líneas como homenaje, humilde pero sincero, por quien tanto hizo por la historia, arqueología, poesía y crítica literaria españolas.

José María Ocaña Vergara

